

IV Jornadas de Crisis. Visiones del feminismo

Filosofía y autoconciencia de la (mitad de) la humanidad

Ana de Miguel

La mujer ha estado no solo excluida del saber filosófico, sino designada expresamente para otro papel: el cuidado del hombre.

Jürgen Habermas, en su definición de filosofía, mantiene a la manera hegeliana que la filosofía es la autoconciencia de la especie en un momento determinado de nuestra historia. Pero hay que saber que tal autoconciencia no ha sido ni es de la especie, sino de los varones. Porque cuando han sido los varones los que han hecho filosofía —y hay que decirlo así de claro—, ha sido *su* conciencia de la realidad, *su* conciencia de quiénes eran ellos mismos y los fines de su vida la que han expresado por escrito. Su conciencia de quiénes eran ellos mismos en un mundo en que la otra mitad de la especie quedaba borrada y como *lo no pensado*. En esto consiste el androcentrismo de la filosofía clásica y a menudo contemporánea: en solapar el concepto de ser humano con el de varón. Cuando se dice “el hombre”, en realidad se piensa “el varón”. Al igual que en la religión cuando se piensa “Dios” se piensa un varón con barba y cierta edad. Por eso encontramos tantas obras de pensamiento o historia en que, de repente, aparece un capítulo —corto—, sobre “la mujer”. Pero repárese que el resto del libro no era sobre “los varones”; era sobre los seres humanos. Y esta identificación “seres humanos=varones”, “mujeres=sexo femenino de la especie humana” es lo que una filosofía verdaderamente filosófica, universal, no puede continuar tolerando.

Virginia Woolf, que es una escritora muy filósofa, supo ver dos cuestiones importantes a este respecto. Dijo que las mujeres, para empezar, necesitábamos una habitación propia, es decir, separarnos de la forma de pen-

sar patriarcal para pensar por nuestra cuenta; que necesitábamos tiempo y espacio para reflexionar, algo que siempre se nos había negado, que se nos negaba hasta en los conventos. Y pienso en Sor Juana quemando su biblioteca, renegando de su amor al conocimiento a instancias de su confesor. Al igual que esto me lleva a recordar a Hipatya de Alejandría, tratando de salvar los libros del incendio de la biblioteca de

“ El androcentrismo de la filosofía clásica y a menudo contemporánea consiste en solapar el concepto de ser humano con el de varón.

”

Alejandría; y luego asesinada por su amor a la filosofía. Virginia Woolf también escribió que los varones habían convertido a las mujeres en un espejo en el que se veían reflejados al doble de su tamaño real: más jóvenes, más guapos, más inteligentes, más honrados de lo que son. Por eso su autoconciencia está un tanto deformada. Y por eso la filosofía como autoconciencia de la especie también. Por poner un ejemplo, releendo a algunos grandes filósofos y sus escritos sobre que el ser humano está “condenado a la soledad y la angustia de la incomunicación humana”, hace ya tiempo que me resultan poco universales sus egocéntricas reflexiones. Cada vez me siento más tentada a pensar qué soledad habrían sentido cuidando a sus hi-

jos, cuidando a sus mayores, cuidando a sus seres dependientes. Las mujeres no han estado condenadas a la soledad, han estado condenadas a cuidar a los demás. Y luego sí, tal vez cuando ya no son útiles, terminan solas, pero es una soledad bien distinta.

Los varones en general, los filósofos en particular, han aceptado de buen grado todos los cuidados que han recibido de las demás, porque si no, no hubieran tenido tanto tiempo para experimentar y registrar con tanto cuidado y esmero en sus obras “la angustia existencial” de quien ha hecho de sí mismo el centro de la existencia... humana. Y ahora quiero añadir que he aprendido —y mucho— de estos filósofos y que es por ello por lo que hoy puedo decir que su filosofía está no solo determinada por su momento histórico, económico, social; lo está y muy decisivamente por el hecho de ser varones, de vivir en un mundo en que esa circunstancia biológica les situaba ontológicamente por encima de todas las mujeres. No solo no se lo cuestionaron —como filósofos que eran tenían el deber de cuestionarse—, sino que contribuyeron con fervor a legitimar la desigualdad sexual.

Si las mujeres no hemos hecho filosofía, y no la hemos hecho hasta tiempos muy recientes, es porque se nos ha excluido de forma sistemática y rigurosa del acceso al conocimiento y a la reflexión sobre quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos. Quiero recordar aquí y ahora cómo han legitimado nuestra exclusión de la vida pública y nuestra condición natural para dedicarnos a su cuidado

filósofos tan admirados y supuestamente transgresores como Rousseau y Nietzsche. No puedo dejar de citar a Rousseau, aunque he de reconocer que me molesta algo contribuir a la fama de este ilustrado. De Rousseau siempre se dice que fue uno de los filósofos más igualitaristas, pero en realidad legitimó la exclusión absoluta de las mujeres de ese club tan selecto que, en palabras de Jean Paul Sartre, ha sido la humanidad. Ni mujeres, ni indígenas, ni negros... ni mujeres indígenas, ni mujeres negras. La humanidad, ese club tan selecto.

Hablamos de que la filosofía es el amor a la sabiduría y de su vocación universalista. Rousseau escribe una muy conocida obra, *El Emílio*, con la que va a fundar la pedagogía moderna y explicarnos cómo hay que educar al ciudadano para una democracia participativa, porque la representativa se le hacía poco a este defensor de la democracia directa. Y a través de cientos de páginas leemos sobre la importancia de la transparencia, la verdad, la participación en la vida pública y política. Pero hay un capítulo que se titula “Sofía”. Ahora nos damos cuenta de que, en realidad, las mujeres no éramos las destinatarias de todos los demás capítulos, que versaban sobre seres humanos. Ahora aparecemos de repente y estas son las palabras de Rousseau. Le cito textualmente: “cuidarnos y hacer que nuestras vidas sean más fáciles y agradables, estas son las funciones de las mujeres en todo tiempo y lugar y para lo que deben ser educadas desde la infancia”. Pocas veces se ha escrito con tanta claridad y contundencia sobre los fines de un sistema de dominación: la función de las mujeres en este mundo es “que nuestras vidas sean más fáciles y agradables”. Leed el capítulo, porque no tiene desperdicio. Si este es el “gran igualitarista”, es normal que los varones no comprendan qué queremos las mujeres. ¿De qué nos quejamos sí, como decía Ortega y Gasset, “la mujer es feliz entregándose”? Vaya cara.

Quiero convocar aquí a otro filósofo, Friedrich Nietzsche, un autor

que suele gustar tanto a nuestros estudiantes, un autor que les fascina. Es estimulante asomarse a lo que escribe el “gran transgresor”, el que sostenía que iba a “transmutar todos los valores”. ¿Todos los valores, Nietzsche? Él podría haber respondido: “sí, menos los patriarcales; esos los voy a dejar exactamente como están”. En *Así habló Zaratustra*, encontramos un capitulito que se titula *De las mujeres*. Otra vez de quinientas páginas tenemos tres o cuatro las mujeres. Pero no es solo tener tres o cuatro páginas, no es solo que seamos un capítulo o una nota a pie de página en la filosofía que se identifica con el ser humano neutral que es el varón, no. Es lo que se dice en ese capitulito.

“ A las mujeres se nos ha negado el principio de individualidad y se nos ha convertido en las idénticas, en expresión de Celia Amorós. ”

Esta es la cuestión planteada en el breve capítulo: ¿qué es la mujer para el varón? “Dos cosas quiere el varón auténtico: peligro y juego. El varón debe ser educado para la guerra, y la mujer, para la recreación del guerrero. Todo lo demás son tonterías”, escribe Nietzsche. Tonterías y bien gordas parecen sin duda las que salen de su boca, con la salvedad de que estas tonterías han contribuido a conformar el destino de las mujeres porque como veremos nos las encontramos tanto en la alta filosofía como en la cultura popular. ¿A quién no le va a sonar lo que sigue? “Los frutos demasiado dulces al guerrero no le gustan. Por ello le gustan las mujeres: amarga es incluso la más dulce de las mujeres”. Tras este batiburrillo aparece el asunto del temor de los hombres a las mujeres: “tema el varón a la mujer cuando esta ama: entonces ella realiza todos los sacrificios, y todo lo demás lo considera carente de valor. Tema el varón cuando esta odia: pues

en el fondo del alma el varón es tan solo malvado, pero la mujer es allí mala”. Este capítulo termina con un sentido consejo por parte de una mujer vieja al bueno de Zaratustra: “Si vas con mujeres no olvides el látigo”. El texto de Nietzsche condensa un muy conocido discurso en el que bajo la apariencia de “pensamiento” y “profundidad” no encontramos más que tópicos, lugares comunes y una superficialidad indignas de un filósofo. Independientemente de la verdad o la falsedad, de la mezquindad de la reflexión, ¿qué se está diciendo en realidad?

A las mujeres se nos ha negado el principio de individualidad y se nos ha convertido en *las idénticas*, en expresión de Celia Amorós. En las *heterodesignadas* en palabras de Amelia Valcárcel. Rebaja ontológica y epistémica que legitima nuestra sagrada función de cuerpos, cuerpos cuidadores y sexualizados. La filosofía es un camino denso, se nos hace demasiado lento: llevamos décadas de crítica feminista pero nuestros compañeros de viaje, los filósofos, los pensadores en general, ni nos leen ni nos escuchan; salvo excepciones como Poullain de la Barre, Condorcet, John Stuart Mill y Friedrich Engels y algunos otros pensadores igualitaristas. Tendrían que hacerlo, solo así sabrían realmente a qué nos referimos cuando hablamos del género y del androcentrismo. Y no tendríamos que estar dando clases particulares al respecto cada vez que nos encontramos en un debate filosófico.

Solo así será posible avanzar, pensar y filosofar en pie de igualdad y por primera vez en la historia, participar los varones y las mujeres juntos en un nuevo proceso constituyente de la comunidad humana. Tanto simbólico como material. Porque en el otro proceso constituyente, en el que se fundaron las democracias modernas, allá por la revolución francesa, un contrato sexual encubierto precedía al contrato social, un contrato en el que las mujeres habían sido ya pactadas como parte del ajuar del buen ciudadano.